

# Goce y felicidad

LUCIANO LUTEREAU

En la clase del 11 de febrero de 1970 del *seminario 17* Lacan sostiene que “no hay más felicidad que la del falo” (Lacan, 1969-70, 77). Esta afirmación se pronuncia en una clase que J.-A. Miller tituló “El campo lacaniano” y que se encuentra íntegramente dedicada a la cuestión del goce. De este modo, cabría entender que, en definitiva, la clínica lacaniana tiene como referente el “campo del goce”.

No obstante, ¿cómo se presenta el goce en la experiencia analítica? En principio –este seminario lo demuestra–, el goce no es un observable, sino que los operadores del goce son el saber y la verdad. Respecto del saber, el goce se presenta en falta –el inconsciente, por ejemplo, es goce de un saber, no del objeto–. En función de la verdad, el goce se plantea como “recuperación de goce” (del goce perdido por estructura). De este modo, el goce no tiene entidad por sí mismo, sino que se encuentra entretelado, o entramado, en coordenadas que, en última instancia, son las del discurso. Así lo dice Lacan cuando sostiene que todo discurso es un modo de hacer con el goce:

“Del discurso, sin embargo, está claro que no hay nada más candente que lo que se refiere al goce. El discurso se aproxima a él sin cesar, porque en él se origina. [...] no hay discurso, y no sólo analítico, que no sea del goce...”  
(Lacan, 1969-70, 74-83)

El propósito de este trabajo radica en esclarecer la afirmación mencionada en el comienzo –acerca del falo y su “felicidad”– a través de la relación que puede establecerse entre el falo –como significante del deseo– y el goce propio que permite recuperar.

### *Deseo fálico y fin de análisis*

Si toda una enseñanza de Lacan, al menos en un primer momento (especialmente en los seminarios 4 y 5), avanzó en la vía de separar el pene (órgano) del falo (significante), es curioso que a partir del *seminario 10*<sup>1</sup> encontremos afirmaciones que vuelvan a establecer una equivalencia entre estos términos. Lo mismo se advierte en el *seminario 17*, en torno a la afirmación de la felicidad del falo. Si el falo es feliz es porque goza como órgano. El problema estaría en que este goce excluye a cualquier agente –es decir, no es el hombre el goza de *su* falo–,<sup>2</sup> sino que el falo goza de sí mismo. En este sentido pueden entenderse las afirmaciones de Lacan en torno al goce de las plantas y de los animales:

“Es verdad que muy bien podemos imaginar los lirios de los campos como un cuerpo enteramente entregado al goce. [...] Goce de la planta. [...] No sucede igual con el animal, que tiene lo que nosotros interpretamos como una economía, la posibilidad de moverse para obtener sobre todo el menor goce. Esto es lo que se llama principio del placer.” (Lacan, 1969-70, 81)<sup>3</sup>

¡Nunca hemos tenido que ver a un animal quejarse de su órgano! Para el hombre, en cambio, la disposición del falo está siempre aquejada por la posibilidad de que “la cosa” no funcione. Dicho de otro modo, la potencia del falo se recorta sobre un trasfondo de impotencia –y, por lo general, los fantasmas de omnipotencia

<sup>1</sup> Por ejemplo, podrían recordarse aquí las reflexiones en torno al orgasmo y la “pequeña muerte” (Cf. Lacan, 1962-63, 280-291).

<sup>2</sup> “el único que es feliz es el falo, no su portador” (Lacan, 1969-70, 78).

<sup>3</sup> “De qué goza la ostra o el castor, nadie lo sabrá nunca, dado que, a falta de significante, no hay distancia entre el goce y el cuerpo. La ostra y el castor están el mismo nivel que la planta, la cual, después de todo, tal vez también tenga uno, de goce, en este plano” (Lacan, 1969-70, 191). Dicho de otro modo, el goce en el hombre se encuentra afectado por el significante y, por lo tanto, al poder hablar de *ello*, no hay más que reconocerlo en pérdida.

son una respuesta a esta última—. El falo es presencia *a través de* la ausencia potencial.

Un ejemplo paradigmático de esta “felicidad” –que para el hombre puede ser de lo más angustiante– se encuentra en el caso del pequeño Hans, cuya fobia (según la célebre lectura de Lacan)<sup>4</sup> es una respuesta al comienzo de las primeras erecciones; es decir, ahí donde Freud había interpretado la presencia de una amenaza de castración, atribuida al padre, Lacan rectifica que el padre es un recurso para velar esa irrupción real que solicita una elaboración de saber motivada por la verdad reprimida del síntoma.

De este modo, la suerte de equivalencia entre el falo y el pene no es injustificada. No sólo porque la potencia de este último excluye cualquier reaseguro narcisista, sino porque puede pensarse que si el funcionamiento del órgano está atravesado por una oscilación –su (de)tumescencia–, este movimiento replica el carácter fundamental del significante: presencia/ausencia. Que el falo sea el significante del deseo implica que el objeto del deseo se presenta de modo negativo (a través de la ausencia): se desea lo que no se tiene (o lo que no se es). El valor fálico del objeto radica, entonces, en esta marca negativa.

Esta cuestión permite, a su vez, retomar una consideración acerca del fin de análisis. Si para Freud el análisis tenía como punto de arribo y principal obstáculo la “roca dura” –para utilizar la expresión de *Análisis terminable e interminable*– de la castración, desde la perspectiva lacaniana esta coordenada –que tiene en su centro al falo como operador de la cura– no es una referencia obligada. El análisis freudiano, podría decirse, avanzaba hacia el punto en que se chocaba con la negatividad del deseo fálico, ese momento dramático en que no había más que “aceptar” el carácter sustitutivo del objeto –dado que se encuentra perdido–. Dicho de otro modo, el análisis freudiano conducía a “reconocer” el carácter estructural de la “insatisfacción” del deseo. Ahora

---

<sup>4</sup> No sólo en el *seminario 4*, sino también en la conferencia sobre el síntoma, donde destaca el carácter excluido del goce fálico: “el encuentro con su propia erección no es autoerótico en lo más mínimo. Es de lo más hetero que hay [...]. El goce que resulta de ese *Wiwimacher* le es ajeno” (Lacan, 1975, 128).

bien, lo curioso es que este supuesto reconocimiento concluía en una rehabilitación de la demanda: rechazo de la pasividad en el hombre y envidia del pene en la mujer. Lo que cabría añadir es que esta situación de obstáculo también estaba asociada a la posición que Freud acostumbraba conservar en la transferencia: el lugar del padre –frente al cual el hombre no aceptaba la castración, o al que la mujer ofrendaba los sustitutos del hijo que todavía esperaba de él–.

Por eso, desde la perspectiva lacaniana, cuando se sostiene que el análisis avanza más allá del complejo de castración (aunque Lacan hubiese sostenido esta perspectiva en trabajos temprano como “La significación del falo” y el tramo final de “La dirección de la cura y los principios de su poder”), se entiende que no sólo se trata de ubicar otra orientación con el deseo, que lo reconduzca a su causa –a través de precisar el estatuto del objeto *a* como distinto del *agalma* u objeto intencional del deseo; o, dicho en términos freudianos, hacia la cuestión de la fijación pulsional, que Freud siempre relegó a motivos innatos–, sino también de situar otra posición para el analista en el tratamiento, que no sea la del padre.<sup>5</sup> En resumidas cuentas, el impasse freudiano del análisis se debe tanto a una concepción del deseo y a un modo de entender la transferencia.

Por esta vía, la felicidad del falo cobra una segunda acepción, no sólo como goce del órgano, sino como variable en la reedición de las coordenadas del fin del análisis: pensar una conclusión del tratamiento a partir de la insatisfacción del deseo fálico es un modo de restituir una forma yoica de “resignación” o bien esa “felicidad” que es la homeostasis a la que tiende el principio del placer. En definitiva, aquí volverían a cobrar vigencia las palabras de Lacan en el *seminario 7*, a propósito de la demanda de felicidad y el Bien como posible respuesta: ¡No hay manera de predecir y subsanar los perjuicios que generan!

---

<sup>5</sup> En este sentido podría recordarse esa afirmación de Lacan del *seminario 11* de que el analista debe tener tetas.

## *Economía del goce*

El deseo fálico es el deseo fundamentado en la insatisfacción (de la falta de objeto); por lo tanto, es –de algún modo– un deseo “infeliz”. Ahora bien, ¿cuál es el modo de satisfacción asociado a este deseo?

Un rasgo singular de la clase que venimos comentando radica en contraponerse a la energética freudiana. Es sabido que la metapsicología freudiana proponía, para todo concepto, una explicación en tres niveles: tópico, dinámico y económico. Sin embargo, la economía freudiana redundaba en explicaciones acerca de catexias o inversiones libidinales. Uno de los propósitos de Lacan a partir de la introducción del objeto *a* –especialmente después del *seminario 16*, con la formulación del “plus de goce” en una referencia a Marx y el concepto de “plusvalía”– es darle al término economía un sentido no energético:

“De vez en cuando meto la nariz en un montón de autores que son economistas. Vemos hasta qué punto esto tiene interés para nosotros, analistas, porque si algo debe hacerse en el análisis, es la institución de ese otro campo energético que precisaría de estructuras distintas de las de la física y que es el campo del goce.” (Lacan, 1969, 86)

La economía lacaniana del goce se resume en un sentido administrativo de la expresión:<sup>6</sup> el goce es recuperación de goce a través de una posición subjetiva. Se goza, fundamentalmente, de la posición gozante, articulada a una forma de saber y de acuerdo con una relación específica con la verdad. En el caso del deseo fálico, representado en el discurso del amo (que, en la parte inferior de la fórmula, ubica en el lugar de la verdad la

<sup>6</sup> “Aquí, en esta encrucijada, enunciamos que lo que el psicoanálisis nos permite concebir es ni más ni menos esto, que está en la vía inaugurada por el marxismo, a saber, que el discurso está vinculado con los intereses del sujeto. Es lo que Marx llama, en este caso, economía...” (Lacan, 1969-70, 96).

división subjetiva y produce el valor fantasmático del objeto a) y el discurso histérico (que produce un saber cuyo capital de goce –ubicado en el lugar de la verdad– reprime), el goce tiene una función específica: se goza del complemento fálico de la división subjetiva a través de una elaboración de saber (en el fantasma) en torno a esa falta.

Podría dar cuenta de este último aspecto recordando el caso de una analizante que, luego de estar sola durante un tiempo (o, mejor dicho, con el recuerdo del fantasma de su pareja anterior) conoce a un muchacho con el que comienza a salir. Las primeras salidas, con los nervios que eso solía acarrearle, transcurrieron de un modo singular: luego de hacer el amor, ella disfrutaba de que ambos conversaran acerca del modo en que se habían conocido. De este modo, ese encuentro inicial, perdido en la contingencia, podía ser recuperado históricamente en esa elaboración de la casualidad que llamamos destino.

Asimismo, para enfatizar la especificidad fantasmática de la satisfacción recuperada, menciono el caso de otra analizante que decide separarse después de algunos años de sostener una posición de espera (de que su pareja cambiara; hasta que advirtió que, en realidad, si tanto quería que él cambiara es porque no era con él que quería estar), sin embargo, varios meses después de esta decisión viene una tarde a su sesión ofuscada porque su ex pareja le comunicó que dejaría el país. Ve en este gesto un escarnio, ¿cómo es que él le habría hecho algo así? En este punto, le pregunté por qué se sentía tan defraudada si ella ya no quería estar con él y había planteado una separación... durante la cual ella había continuado recibiendo sus llamados, algún que otro regalo, etc., es decir, diversos signos a los cuales renunciar habría implicado abandonar una posición que podría resumirse en el deseo de ser amada –en el objeto por el cual debería haber hecho el duelo al separarse–.

Esta doble consideración de referencias clínicas permite concluir este trabajo con una observación “económica” que repercute en lo que suele llamarse “goce fálico”: por lo general se tiende a ver en esta forma de gozar cierto patrón de “tranquilidad” –quizás a partir de la lectura de esas afirmaciones de Lacan que

hablan del falo como la “razón” del deseo, o de la “normalidad” que el falo instituye–; sin embargo, cabe apreciar que el hecho de que el falo pueda ser la “medida” de un modo de gozar no quiere decir que eso redunde en un modo “feliz” de vida. De hecho, ¡los motivos habituales de que se quejan los neuróticos en análisis suelen estar en sus avatares con el goce fálico!

El goce fálico es el goce asociado al modo de desear que instituye el falo, es decir, es el goce que se sostiene en la falta de objeto o, dicho de otro modo, el goce que requiere de la insatisfacción –como bien lo demuestra la histeria,<sup>7</sup> pero también la obsesión cuando suscribe alguna instancia de prohibición que funcione como premisa negativa para que surja el deseo, a veces con la forma de la hazaña (“A que no te animás a...”), otras veces al modo del desafío dedicado a la autoridad (“Le voy a demostrar...”), etc.– y, por lo tanto, para el cual la realización del deseo no tiene función de acto, sino que insta una pérdida que no se subjetiva y, entonces, se relanza en un nuevo deseo (“Ah, no era esto, era otra cosa...”). Dicho de otro modo, el goce fálico es el goce metonímico del fantasma neurótico, aquel que –en definitiva– permite verificar que la neurosis es una defensa contra un deseo decidido.

### *Bibliografía*

Lacan, J. (1969-79) *El seminario 17: El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 2009.

---

<sup>7</sup> Así, por ejemplo, en este seminario Lacan delimita el “goce de la privación” que caracteriza a la histeria (Cf. Lacan, 1969-70, 100).